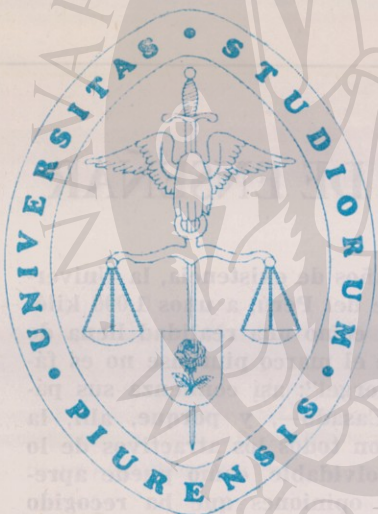


ENTRE EL DESIERTO Y EL VERGEL

Por VICENTE RODRÍGUEZ CASADO *



Me piden que presente a la Universidad de Piura. En folio y

medio. Y que la presente como la imagen que de ella llevo en todo mi ser: es decir, en el corazón y en la cabeza al mismo tiempo. Para poder realizarlo necesitaría ser poeta, y sólo soy historiador. Mas quizás bastará con tres brochazos. Acaso sirvan al fin que persigo: que los que no la conozcan, al menos la respeten y la estimen.

La Universidad de Piura se levanta en el desierto del Norte-Perú. Un desierto de arenas y dunas interrumpido de vez en cuando por exuberantes vergeles que señalan las márgenes de los ríos que descienden de los Andes. No lejos del lugar en que está enclavada discurre uno de esos ríos. Y a unos dos kilómetros empieza la Ciudad.

* VICENTE RODRÍGUEZ CASADO, es Catedrático de Historia Moderna (Universidad Complutense de Madrid) y antiguo Rector de la Universidad de La Rábida.

PIURA

- * Con sus 668.941 habitantes, el departamento de Piura —situado al norte del país— es el cuarto del Perú por su importancia demográfica, después de los de Lima, Cajamarca y Puno.
 - * De los 10 primeros departamentos del Perú, sólo los de Lima y Piura tuvieron desde 1876 un crecimiento relativo positivo, a la vez que presentaba el índice más bajo de atención universitaria. (0/000).
 - * Desde el punto de vista socio-económico, Piura es una zona de gran importancia estratégica: es un centro de proyectos de gran importancia para el país, como irrigaciones, agricultura, petróleos, fosfatos, pesca, etc. Piura es el polo de desarrollo del norte peruano.
 - * Asimismo, Piura, departamento fronterizo con Ecuador, ocupa una posición clave a la hora de articular programas educativos y culturales en el marco del Pacto Andino.
-

PAISAJE, ESPIRITU Y HUMANISMO

El contraste, duro y suave a la vez, entre el desierto, el vergel y el recinto urbano deslumbra necesariamente a quien está acostumbrado a los paisajes sin cortes bruscos de Europa. Viniendo de allá no se entienden bien la osadía de los que emprendieron una obra tan esforzada. Se podría pensar que circulaba por sus venas la misma sangre de los Tallanes, los primitivos pobladores, que habían domeñado una naturaleza tan difícil, o acaso la de Francisco Pizarro, fundador de San Miguel de Piura, que desde aquí, cuajado en años y esperanzas de fama, emprendió la marcha en busca de Atabalipa, el Inca,

quien, según noticias fidedignas, se dirigía desde Quito al Cuzco, al frente del ejército que acababa de destronar a Huáscar. Pizarro y sus ciento cuarenta compañeros de aventura lo encontraron en Cajamarca, a cien leguas de San Miguel.

La Universidad, con vocación de desierto, de vergel y de humanismo, abre sus aulas, laboratorios y bibliotecas al aire libre de corredores y escaleras sin más protección que balaustradas diáfanas. Acá no hay nada cerrado, oscuro, recoleto, que incite a la meditación melancólica. Durante el día se respira el aire más fino y delgado que conozco, y luego, tras un corto crepúsculo, pintado con los mismos colores malvas del Moguer de Juan Ramón, se

CRONOLOGIA

- * En noviembre de 1965 se constituye la *Asociación para el Desarrollo de la Enseñanza Universitaria* (ADEU), reconocida oficialmente tres meses después.
- * En diciembre de 1967, ADEU decide crear la Universidad de Piura, un mes después de haber tenido en aquella ciudad una sesión en la que se informó del proyecto.
- * Siete meses más tarde, en junio del 68, el gobierno peruano autoriza el funcionamiento de la Universidad de Piura, y en febrero del 69 reconoce su funcionamiento legal.
- * El 16 de junio de 1969 se autoriza el comienzo de las actividades académicas.

contempla el cielo más limpio que imaginarse pueda.

Pero la Universidad no es sólo paisaje, con ser ya mucho, porque el paisaje, cargado con exceso, de otras Universidades, limita el buen hacer de los saberes. Por eso, las grandes Universidades históricas sabían a campo o sabían a mar. El espíritu del hombre, para expandirse, necesita de horizontes sin medida. Y nada hay más amplio que el desierto. Un inmenso «campus» cuyo límite es el horizonte. Por eso, la flor, hoy tan rara, del humanismo tiene aquí profundas raíces.

La vida de una Universidad se hace cuerpo y alma en la comunicación entre profesores y alumnos. Jamás existirá nada digno de ese nombre si esa comunicación, cuyo objeto es el saber y la transmisión de los saberes, no se realiza en mayor o menor grado. De Piura he de decir que, en estos momentos de crisis —por falta de respeto y entendimiento mutuo—, colma todas las ilusiones de los que sienten así el quehacer universitario. Acá el profesor se ve alentado en su tarea por la comprensión y estima de colegas y alumnos. Acá resulta fácil pensar ideas universales que ensanchan el alma sin fatigarla. O trabajar en lo menudo con poco cansancio, porque los que escuchan y dialogan, escuchan y dialogan con ánimo de aprender, incapaces de preveniciones maliciosas sobre la intencionalidad dogmática del catedrático.

Este modo de ser —abierto, generoso, sentimental— propio del Norte-Perú, no se debe ciertamente a ninguna condición impuesta por la sangre, ya que aquí se entremezclan todas las razas del mundo: la amarilla, la negra, la roja, la blanca. Arabes, judíos, chinos, japoneses, españoles, europeos del mediodía, del norte y del este, indios de las Indias Orientales, indios de las Indias Occidentales. El mestizaje más glorioso que imaginarse pueda. Sólo coinciden en que hablan cas-

tellano, se sienten profundamente peruanos, y cantan y rezan a Dios y a la Virgen al estilo andaluz. Y como sólo coinciden en eso —y en la finura de trato— soy capaz ya de distinguir, por ejemplo, cuáles son las diferencias en punto a sensibilidad entre un chino y un japonés. Pero no he tenido necesidad de aprender sus idiomas. Me ha bastado el castellano.

¿Les parecerá, entonces, extraño que al encontrarme el otro día con una procesión en una ca-

lleja de Piura encomendara a la Virgen, cubierta como en Andalucía de cirios y flores, el alma de Pizarro que conquistó quedándose? ¿Encontrarán raro que un catedrático de la Universidad de Madrid descansa todos los veranos en el invierno de la Universidad de Piura, agradeciendo a su Fundador y primer Gran Canciller, Monseñor Escrivá de Balaguer, que tuviera la audacia de crearla abierta al desierto, el vergel y la ciudad?

V. R. C.

SERENO PANORAMA

Por JUAN JOSÉ GARCÍA-NOBLEJAS

Hace escasos días, en el curso de una reunión de la Asociación de Amigos de la Universidad de Navarra, el profesor Leonardo Polo recordaba unas palabras —bromas y veras— de su Fundador y Primer Gran Canciller, Mons. Escrivá de Balaguer: *no me hagais un pajarito frito, haced un águila pequeña*. Al escucharlas, me vino a las mientes todo un conjunto de imágenes y recuerdos, asociados a una breve —demasiado breve— estancia en la Universidad de Piura, la primavera pasada.

Si los kilómetros cuadrados de desierto, entre el Pacífico y la sierra, son lo primero que acude a la memoria, en seguida supera aquella impresión de soledad y ausencia de vida, la rozagante vitalidad académica: un millar largo de hombres y mujeres unidos en la siempre nueva aventura del saber. Aquello es un águila pequeña que mira de frente al horizonte abierto. Un águila que sabe crecer —hacia dentro y hacia fue-

→